

# EL FUNDICIÓN: MIS PRIMERAS IMPRESIONES

Escrito por Max Neil Maximchuk

*He estado en numerosas situaciones nuevas, pero muy pocas de ellas tan extrañas para mí como ésta. Fue una introducción a la intensidad encontrada en la industria pesada. No es para todos, pero para aquellos que pueden adaptarse a ella, puede ayudarle a encontrar algunas partes ocultas de sí mismo que no podría haber encontrado de otra manera.*

Mi primer día trabajando en la fundición de HBM & S fue un poco surrealista. Una de mis tareas, junto con algunos otros chicos de la fundición Bullgang, fue limpiar cualquier cosa en el techo plano y cuadrado de un edificio sucio dentro de un edificio industrial mucho más grande. Y, como jóvenes, empezamos con ansias lanzando extraños objetos pesados, oscurecidos por capas de suciedad y suciedad adquiridas a lo largo de los años. Explosión. Tirón. Aquí viene uno grande. Choque. Polvo por todas partes. Nuestras máscaras de gas con filtros para el polvo quedaron saturadas más allá de sus límites. Nos divertimos mucho. Disfrutando de la naturaleza destructiva de la tarea que nos estaban pagando para hacer. Disfrutando de nuestra juventud, nuestra fuerza, la sensación de que nuestros cuerpos trabajan de una manera física.

Después de levantar un montón de polvo (y un poco de infierno), realmente llegamos a trabajar. Nos dieron grandes y pesados martillos macho y nos dijeron de ir a por ello, pero de tener cuidado con el techo que iba cayendo. Así que nos fuimos, oscilando esas armas grandes, pesadas, derribando partes de la pared, incluso el techo. ¡Ah!, que sentimiento. No parecía importarnos el ardor del polvo que se mezclaba con nuestro sudor aunque fuera deslizándose dentro de nuestras sucias gafas protectoras. El calor, el ruido, el polvo y la suciedad. Toda una buena diversión para un grupo de hombres jóvenes enérgicos.

Pero esta no era la parte surrealista. Ese pedacito vino más adelante. Tal vez fue el mismo día, tal vez el siguiente. Casi con toda seguridad en los primeros días como creo recordar; la ruta guiada parando en esa nueva escena de trabajo que era un lugar muy desconocido para mí. Fuego, chispas, violentos chorros de magma, gotas de goma fundida que explotaban de los vientres llenos de los convertidores y escupiendo fuera de estas sólidas vasijas metálicas, amenazando cualquier paseante cercano con el peligro de su contenido infernal. Podía sentir la MASA de todo ello. Justo a mí lado. Sólo un rasguño, sólo un ligero roce de cualquiera de esas gigantescas masas de metal me enviaría volando a un lado.

Mi guía y yo estábamos de pie, lo suficientemente lejos para estar a salvo, supongo, pero ciertamente lo suficientemente cerca para estar dentro de todo ello, para ser parte de ello. Vimos como una de esas macetas gigantes llegaba aceleradamente, dura y rápidamente hacia nosotros, apoyada en las largas guías de metal y cable a través de una grúa. Había al menos dos grúas operando, volando rápidamente hacia adelante y hacia atrás, llevando esos contenedores enormemente pesados de metal fundido.

Vimos el contenedor que se acercaba a nosotros, hacia la boca del horno. Una cadena pesada con un gancho mucho más grande que mi cabeza comenzó a levantar su extremo trasero, preparándolo. Un hombre muy cerca de todo ello levantó la puerta del horno cuando el contenedor fue colocado, teniendo cuidado de no hacerlo demasiado pronto por temor a cegar al operador de la grúa. Eso no era un inconveniente para el gruísta, por lo que estaba preocupado era por la posible represalia. Todo lo que necesitaba era un pequeño golpe en un lado del contenedor y ese hombre tendría pendientes varias horas de limpieza. Trabajo caliente y duro. En ese mundo violento había códigos de ética, modos de comportamiento. Tenía mucho que aprender, no sólo el trabajo inmediato a mano.

La puerta del horno se alzó. Era sorprendentemente pequeña para la masa oculta en el otro lado, supongo que para ayudar a reducir la pérdida de calor dentro. La escoria lavada se abocó como lengua fundida hacia el horno. Increíblemente rápido. Todo terminó en un instante. El lavador de escorias cerró la puerta y miró brevemente el lavadero. Esta vez tuvo suerte. La escoria era ligera y rápida. Tomó una pesada barra de hierro, de unos dos metros de longitud, con ella rompió rápidamente las finas capas gris oscuro que quedaron en la estela. Los copos se rompieron fácilmente. Abrió la puerta un poco y los introdujo en el interior. Lanzó un chorro de cal líquida con un cubo que había sumergido en un barril en el lavadero. A eso le siguió una pala medio llena de arena que extendió con un certero lanzamiento y en cuestión de segundos otro contenedor lo estaba esperando. Trabajó eficientemente, aprovechando el breve tiempo transcurrido entre los contenedores. Después de una media docena, más o menos, se le permitiría tomar un rápido descanso hasta la siguiente sesión.

Llevaba muchas, muchas capas: ropa interior especial cubierta por pantalones, camisas, chaquetas y un delantal grueso. La idea era que cuando la escoria caliente chisporroteaba y te atrapaba, tenías que poder sentir que te quemaba antes de que hiciera algún daño real. Sin esas capas estarías gravemente herido antes de que incluso lo sintieras. Había un barril de cal líquida cerca, para el uso práctico de cubos de inmersión con el que cubrir el lavado, pero también era práctico para saltar dentro si te prendías fuego. Había un hombre, el soplador de arco, que llevaba planchas de madera gruesas sujetas con correa en las suelas de sus botas, por lo que el ardor del horno inferior no quemaba a través de esas botas tan rápidamente. El calor era tremendo. Si se quería hervir un hervidor de agua rápidamente, todo lo que se tenía que hacer era colocarlo en el suelo donde se estaba de pie y en poco tiempo estaría furiosamente hirviendo.

La escoria fundida no siempre era tan generosamente delgada y fácil de limpiar. Cuando la escoria era lenta y gruesa se escurría por el lavadero, enfriándose en parte durante su viaje hacia el horno. Se amontonaría, dificultando el abrir o cerrar la puerta del horno, y detrás de los esfuerzos frenéticos para trabajar en una apertura, habría otro contenedor esperando. Las capas exteriores se enfriarían, solidificándose en una sustancia larga rocosa. Se tendría que conseguir rápidamente el martillo hidráulico, de 20 kilos o más, y empezar a trabajar en puntos estratégicos, con la esperanza de debilitar los puntos de unión que la escoria tendría, tan atascados y gruesos, y llenando obstinadamente el lavadero una vez vaciado. Cuando finalmente se rompiera la superficie, todavía estaría la masa fundida dentro. Y el próximo contenedor todavía esperando.

No era raro perder el conocimiento por calor y el esfuerzo en el primer día. De alguna manera, si milagrosamente no te habías lastimado, si no lo hiciste todo y lo dejaste en tu primer día, de alguna manera desarrollaste alguna inmunidad parcial a todo ello. Tomaste tabletas de sal para ayudar a mantener algunos de los líquidos en tu cuerpo. Aprendiste a "leer" rápidamente la escoria que cae por el canal de lavado, sabiendo cómo prepararlo mejor o cubrir el lavado para la siguiente carga, o cómo atacarla con palas, barras de hierro y martillos hidráulicos. También se aprende a "leer" el trabajo de los operadores de grúas, cómo interactuar con ellos. Algunos se enorgullecían de su trabajo y te hacían la vida más fácil. Otros tenían un borde sádico que se complacía en aquella pequeña hormiga que corría por ahí abajo, sobre todo cuando ese enorme contenedor lleno de escoria fundida se golpeaba suavemente o se inclinaba con un toque demasiado rápido o descuidado. Entonces el gruista podía inclinarse hacia atrás, observándolo y tratando de lanzar una pala en su dirección, pero siempre estaba demasiado lejos para que le alcanzara.

Mezclados con el calor y las masas metálicas, y la fuerza y la energía de las cosas en movimiento, estaban los humos tóxicos que acababan de atraparte inesperadamente cuando tu mascarilla de caucho ardía en tu cara al abrirse una pequeña brecha al girar la cabeza en una dirección. Luego se precipitaba por tu garganta, el ácido abrasador bajando profundamente. Su fuerza de asalto era casi como un fuego en sí mismo, una combinación perfecta con el medio ambiente.

De mi primer día en este trabajo me sorprendió todo. Comprendí muy poco, sólo vi imágenes, movimientos y cosas, y sentí los gases tóxicos, el calor, la violencia. Me imaginaba que sería como cuando se trabaja en Marte. No sé por qué tuve esta imagen. En todo caso, sería más como las condiciones en el infierno ardiente de Venus.

Poco tiempo después mi gira terminó. Realmente no entendía nada de lo que había presenciado, sólo el increíble espectáculo de lo que el hombre podía hacer. Pero iba a aprender más de ello, ya que el trabajo que vi del lavador de escoria pronto iba a ser mío. Yo era el tipo verde y era hora de que me rompieran .

A lo largo de las semanas y los meses, realmente me gustó ese trabajo. Los jefes se quedaban aparte muy lejos. Te dejaban solo si no estropeabas la producción y la mantenías en movimiento. De todos modos, no les gustaba pasar por esos lugares particularmente desagradables. Y había un cierto respeto que vino con el trabajo, tan bajo como lo fue en la jerarquía. Uno de los beneficios ganados de que no se hablaba en el trabajo era que si lo hiciste bien, y volvías otra vez para el próximo vertido, podías dejar el puesto, para ir a pasear. A veces lo comprobaba con los operadores de horno y de grúa, y me daban una buena estimación de cuánto tiempo libre tenía, y con el tiempo, llegué a conocer mejor el proceso general para saber independientemente cuánto tiempo me quedaba para tener que volver. Así que ocasionalmente iba a dar un largo paseo, seguro de que yo era un hombre, capaz de no sólo sobrevivir, sino de hacerlo bien en esas violentas circunstancias. Podría trabajar con ello, adaptarme, añadir mis propios toques. Era un tipo de trabajo romántico para mí. El hombre contra los elementos desnudos, esas fuerzas primitivas, pero obligado a trabajar con ellos para moverlos en las direcciones que deseaba, que necesitaba. Y eso me valió el derecho de caminar donde yo quisiera. (En las rígidas interpretaciones de hoy en día de su lugar, sospecho que ese "lujo" sería mucho más raro). Un lugar favorito, después de una batalla particularmente difícil, era sentarse contra una chimenea alta en un espacio abierto, abriendo un refresco de naranja y aspirando la primera larga bocanada de mi cigarrillo recién liado. Podía sentir el sudor evaporándose y tomarme un momento de tranquilidad, incluso humilde de orgullo, pensando que había hecho un buen trabajo. Un momento de paz merecida antes de volver al infierno.

*Puedo haber sido un poco romántico con todo, pero todo es cierto. Cada palabra. Vivir a través de un amplio conjunto de experiencias intensas, buenas o malas o mixtas, lleva al viajero a un conjunto de perspectivas que no siempre se encuentran. Hay una paz de la mente, una manera de mirar las cosas que vienen a ti, sabiendo que te puedes enfrentar casi cualquier cosa. No es completamente cierto, por supuesto, y ese sentimiento puede desaparecer, pero es bueno reconocer que al menos sabías cómo era.*

Gracias a Núria Lladós Albiol por su ayuda y consejo en esta traducción. (Si encuentras algún error tipográfico u otro tipo de errores, son míos, no los suyos.)